

ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO ARTHUR

No es la experimentación sino la sabiduría la que lleva a Enrique González Rojo Arthur a escribir sus poemas, textos en los que se rompen las fronteras impuestas, los límites acordados entre los diferentes géneros literarios. La anécdota se convierte en cuento, la crónica en novela, y un poema, además de ritmo, lenguaje e imagen se conceptualiza en un “cuentema” y nos narra una acción, un acontecimiento que pasó y está pasando en este instante.

Al filósofo poeta que son uno solo, se suma el narrador y de esta manera el ejercicio del pensamiento se vuelve arte, y la palabra poética: concepto idea diálogo, trama, fábula, argumento en lo que todo es y tiene su opuesto, el punto contrario que lo identifica y lo reconcilia: lo trágico es cómico, lo solemne-irreverente, lo clarooscuro, lo fúnebre-festivo, lo negro-blanco, lo sublime-grotesco: dualidades, realidades y paradojas creadas y reconstruidas con el humor y la ironía que derivan de la inteligencia exquisita, aguda y alucinante de un gran lector un erudito. Un

hombre que conoce y transita, desde muy joven,
por los territorios subterfugios de la escritura.

E. Yepiz

OBSERVACIÓN

A Gabriel Vargas Lozano

En mis viejos tratados de filosofía
aprendí,
ha tiempo,
que no se deben confundir
los distintos y los contrarios.
La luna y el perro son distintos.
El día y la noche, contrarios:
Un seno y el otro, distintos.
La poesía y el orden existente,
contrarios.

ROMANTICOS

A Rosa Otilia

Los poetas románticos que sobreviven
usan cuatro instrumentos:
un frasco de tinta
una pluma
una hoja de papel
y un pañuelo.

El uso del pañuelo es así:
lloran constantemente sobre él
(como desconsolada nube),
lo exprimen
hasta hacer un charco,
el cual meten en un pequeño frasco transparente,
luego mojan la pluma en el frasco de tinta
y se lanzan a su faena:
envolver lugares comunes
con papel celofán

o esperar que el plenilunio
se coloque en forma de corazón
a la mitad del cielo.

Sacan multitud de adjetivos
a pastar en la página.

Echan mano de la onomatopeya
para que sus gemidos
puedan escucharse.

Son patéticos.

Escriben con muchas admiraciones
como si quisieran ponerles centinelas
a su cursilería.

Dan lástima.

Pero cómo los envidio
cuando siento en mi pecho, palpitando,
la inmarcesible huella que dejó
cierto episodio,

y mis palabras se hallan arrumbadas
en el último rincón de un silencio
inteligente, superior
y frío.

CUANDO Dos AMANTES

Cuando dos amantes de verdad se introducen
[en el lecho,
se mete con ellos el verbo amar,
que es un verbo en infinitivo,
vale decir, un verbo que se aleja deliberadamente
de las conjugaciones
para evitar las posturas eróticas
que le hace tomar el tiempo.

El amor, así, no se convierte en pretérito
como un recuerdo prendido con alfileres
en la memoria,
ni mucho menos en pretérito perfecto

donde hay hasta un holocausto de huellas,
una transfusión de sangre del olvido al recuerdo
y una lápida rumiando un epitafio.

No se transmuta tampoco en aquella nigromancia
que en las entrañas del presente lee,

escudriña,

prevé,

el futuro nonato,

ni mucho menos en un apresuramiento

en que la voluntad se descarrila y da de bruces

en algún suburbio de lo indeseable

o en un porvenir contagiado

por el bien incurable

del descanso.

CAPERUCITA

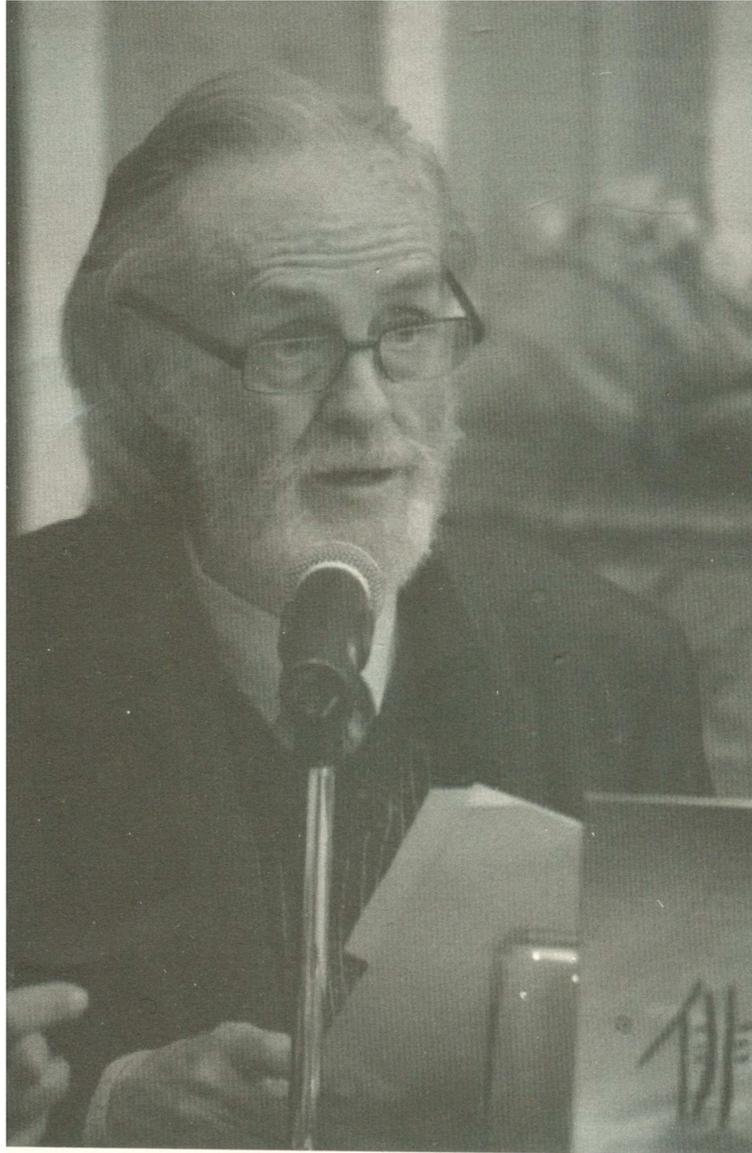
Para Bernardo González

La verdad es que la caperucita
no estaba aún madura
para tus insinuaciones,
lobo.

Aún se hallaba jugando a la muñeca
consigo misma;
aún su matriz, con pobre aleteo,
se moría de envidia por las cigüeñas.

Aún sus senos
eran pequeñas colinas
incapaces de producir todavía
el mal de montaña.

En realidad, cuando llegó a tu lado,
y puso ante tus dedos el abismo
de la tentación,
cargaba en la entrepierna
remilgos de virginidad.



DR. ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO ARTHUR

En la interpretación idealista (muy de los románticos, pero no sólo de ellos), la inspiración es la medium entre lo sobrenatural y la página en blanco. Aquí el poeta no es sino el micrófono de la divinidad. Para los intérpretes idealistas de la inspiración, no puede haber una lógica poética porque las raíces últimas de la inspiración se hunden en las brumas del misterio.

Para la interpretación materialista de la inspiración, ésta no es sino un producto humano. No es algo que le advenga al

hombre desde el más allá o desde el ignoto parnaso de la metafísica. La inspiración, aquí, no es sino un estado especial de la imaginación, una disposición vivencial del alma para recopilar hallazgos que consideramos poéticos.

La forma es la parte reglamentable de la poesía. En la poesía clásica tradicional: metro, rima y retórica. A esta parte se le puede llamar la canónica poética y es susceptible de enseñanza y aprendizaje.

El contenido es lo que se halla más allá del metro, la rima y la retórica. La retórica (o las figuras retóricas) son un primer intento de arrojar las redes de la reflexión para sacar a flote una lógica poética, porque ya no alude a la externidad de la forma (que es prescindible como lo muestra la poesía moderna), sino a la corteza o la superficie del contenido.

La esencia de la retórica (y también su limitación) es que localiza y define procedimientos: paronomasia, prosopopeya, metáfora, metonimia, aliteración, sinécdoque, etc. La poesía clásica está en estrecha relación con la forma (versificación) y los tropos de la retórica. Pero no se identifica o confunde con ellos.

Se puede ser un buen versificador y conocedor de las figuras retóricas y no ser poeta. Cualquier persona puede aprender la canónica poética, pero la poesía está más allá de ésta. Cuando se habla de lo poético que trasciende lo meramente formal o retórico, se tropieza uno con la inspiración. La inspiraciones la red o el anzuelo que le permite a la imaginación adueñarse de lo poético.

E.G.R.A.

Revista *La pluma del ganso*, Año 19. No. 89

Enero - febrero 2015